

conoce lo ocasionalmente renovador de sus ideas, su vinculación de fondo al aristotelismo. Enjuicia el tercero las posiciones del Derecho natural —se entienda como expresión del orden de la naturaleza o como manifestación de la razón divina— en perspectiva del pragmatismo, que constituye la mentalidad ambiente americana. Y, por fin, el cuarto señala de modo expreso el hecho de la restauración iusnaturalista, haciendo especial referencia al puesto que en semejante tarea ha cabido al pensamiento católico de filiación tomista.

Los estudios recogen el texto de unas conferencias, lo que explica su estructura literaria más propia para fijar posiciones amplias que para discutir puntos de detalle. En este orden, quizá el capítulo más interesante sea el primero por la documentación de sus páginas con textos de los nombres estudiados, una vez que se trata de testimonios menos corrientes en la bibliografía usual sobre la materia. Todos ellos, en el campo histórico, apuntan sugerencias y perspectivas de interés. Siendo de notar el generoso relieve que se da a un movimiento estimulado en principio desde posiciones religiosas que los autores no comparten. En punto a religiosidad, repetimos que estas páginas se inspiran en el protestantismo, punto no indiferente en varias de las cuestiones que de camino surgen en la exposición.

S. ALVAREZ TURIENZO

ORTEGA Y GASSET, José: *El hombre y la gente*. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1957, 318 págs.

*El hombre y la gente* es el libro que inicia la serie de obras inéditas que han comenzado a publicarse después de la muerte de Ortega. Se trata del texto que sirvió de base al curso del mismo nombre que Ortega explicó en el Instituto de Humanidades. Este texto, como advierten los compiladores, no alcanza la totalidad del índice previsto; sin embargo, el libro constituye una unidad, y la ausencia de los capítulos mencionados en el apéndice no mutila gravemente la obra ya que las cuestiones fundamentales caen, afortunadamente, dentro del texto escrito.

El tema tratado es el de la sociedad. Este tema ha preocupado a Ortega durante casi toda su vida, y ha vuelto a él una u otra vez. Y no sólo a él; el tema de la sociedad, de lo social, es una preocupación de nuestro tiempo, del que nos ha tocado vivir. De ahí la inquietud que produce, y también —como ocurre con gran parte de los temas que flotan en el ambiente— la falta de claridad, la ambigüedad con la que es manejado. Ortega se propone abordar en *El hombre y la gente* el tema de la sociedad de un modo radical.

Si se pretende radicalizar lo social, quiérese decir; verlo surgir desde su raíz, es preciso volver la vista al hombre. Es al hombre al que le pasa eso de ser social. El comienzo del libro es un volver a un

viejo tema: «Ensimismamiento y alteración», para desde él, desde el recogimiento sereno —algo así a como el modo de «ponerse a»— comenzar la meditación sobre la vida, realidad radical, en la cual deberán aparecer radicadas cualesquiera otras realidades, también ésta que ahora tiene delante.

Ahora bien, para Ortega, vida es, por lo pronto y sin más, la de cada cual; mi vida y no la de otro. De ésta es de la que hay que partir en este retroceso radicalizante. Si bien es preciso poner ahí los pies para entender la realidad que es lo social, es preciso también salir al paso de un posible equívoco que consistiría en trasladar simplemente los caracteres de mi vida a los de la vida —si es que así puede llamarse— social. Hay que describir minuciosamente a este respecto lo que entendemos por vida humana *sensu stricto*, cuáles son sus caracteres, pero advertirá: «si más adelante nos encontramos con vida nuestra o de otros que no posean estos atributos, quiere decirse, sin duda ni atenuación, que no es vida humana en sentido propio y originario, esto es, vida humana en cuanto realidad radical, sino que será vida, y si se quiere vida humana en otro sentido, será otra clase de realidad distinta de aquélla, y, además, secundaria, derivada, más o menos problemática» (pág. 83).

Dentro de nuestra vida, y de manera necesaria van a aparecer otras vidas, vidas que, ya estamos advertidos, van quizás a tener otros atributos distintos de los de la mía propia. Hay que preguntarse por cuál es su sentido (y éste es el sendero que nos acerca al tema propuesto). Aparece el tema del «otro» en nuestra circunstancia. El otro es aquél que nos responde, y esta respuesta se da siempre a través del «campo expresivo» que es el cuerpo. El que nos responde, por lo pronto es el «tú». El otro, en primera aproximación —lo social está todavía solo, pero ya, vislumbrado— es el «tú» y la relación que se produce entre «tú» y «yo» es una relación «interindividual». La respuesta del tú es todavía la respuesta de una persona («Vida personal» es el título del segundo capítulo). Este todavía nos hace sospechar que no es el único modo de respuesta. Ese otro modo que sólo se apunta como contrapunto del que tenemos a esta altura del libro ante los ojos, es el que va a justificar la segunda parte del título.

La aparición del otro respondente es cuestión que se presenta solicitando aclaración a todo pensamiento filosófico que se afirma como tal a la altura de nuestro tiempo. El esfuerzo mayor no sólo para aclararlo, sino también para poner en marcha la filosofía después de la depresión positivista, es el de Husserl. A Ortega le ha sido necesario, no sólo en este punto, sino en otros (véase «La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva») enfrentarse con las tesis de Husserl. Enfrentarse quiere decir ponerse frente a frente, ponerse ante ellas, para, dentro de su pensamiento reducirlas a un núcleo inteligible. Este procedimiento intelectual se usa también en esta otra. De la lectura de sus palabras no sólo sacamos lucidez para prepararnos a entender sus propias tesis, sino una mejor intelección de la del fundador de la fenomenología.

Además del otro que es «tú», «él» o «ella» —como diseñará en el delicado apartado «breve excursión hacia ella»— hay algo más. Alguien que también nos responde pero de otra manera: la gente, todos y nadie determinado. La gente es el sujeto de los usos, y los usos la médula de lo social. Alcanzado el propósito hace falta abordar la descripción de esta nueva realidad que se escapa siempre que queremos aprehenderla. Hace falta descubrir cuáles son los caracteres constitutivos de los usos. El acceso a los usos lo plantea Ortega en tres etapas: Primero elige un uso cualquiera —el saludo— y nos lo hace entender, nos lo presenta de modo que, al final quedan decantadas sus notas constitutivas. Después —ya en el área del uso—, estudia con detalle dos de los usos más fuertes y representativos: el lenguaje y la opinión pública.

La intelección de cualquier uso nos obliga imperiosamente a retroceder en el tiempo con objeto de encontrarle algún sentido. El resultado de esta empresa es otro modo de entender esa realidad: realidad a la que es inherente haber perdido el sentido que tuvo. Al uso le es constitutivo el ser una *supervivencia*. Si el uso que pretendemos estudiar es el lenguaje, hará falta retroceder en el tiempo igualmente; este retroceso se llamará *etimología*, por lo cual —dado que el retroceso es metódicamente necesario no sólo para entender lo que es este uso, sino también cualquier realidad con estos caracteres— Ortega propondrá la tarea «etimológica» extendiendo la significación del término para el estudio de todo uso. De ahí la intelección del hombre como «animal etimológico».

El avance en este estudio nos destaca otro de los caracteres definitivos del uso: su coactividad o presión. La que Ortega llama, con palabra tomada del lenguaje jurídico, el carácter de *vigencia*. Los usos se nos imponen, y no por el número de personas a que afectan, sino previamente a este afectar. Además, los usos considerados desde el punto de vista de su vigencia pueden ser más o menos fuertes. Los usos «fuertes y rígidos» son principalmente los que se ejercen a través del Estado y el Derecho, la parte que hace más visible este carácter de lo social.

El uso es algo constitutivo de la realidad humana pero en forma de tensión centrífuga. El hombre vive dentro de los usos, está constituido por ellos en una amplia zona de su propio ser, pero, sin embargo, también está constituido por una tendencia a salirse de ellos. Este es también el modo recto de entender cómo lo social afecta al hombre. Podemos decir que el hombre es «naturalmente sociable» siempre que completemos esta frase con su otra mitad, a saber, que es «naturalmente insociable».

El tema de la «gente» se corta con el estudio de las opiniones y el poder público. No obstante el contorno del libro queda clara y suficientemente perfilado y el repertorio de ideas —resumen y ordenación de algunas ya conocidas y estudiadas en distinta perspectiva

unas, nuevas otras, que hacen entender la totalidad del tema desde distinta zona de profundidad y radicalismo— estructurado en torno al núcleo que se apuntó al comienzo.

MARÍA RIAZA

ORTEGA Y GASSET, José: *Meditaciones del Quijote*. Introducción y Comentario de Julián Marías. Ed. Revista de Occidente. Puerto Rico, 1957, XXVIII + 445 págs.

He aquí un libro sobre el que es preciso llamar —hacer que se detenga— la atención. Y no porque sea más importante, profundo u original —dejando aparte el que además lo sea—, sino porque ante él se corre el riesgo de tomarlo por otra cosa, a saber: nueva edición de un libro de Ortega archiconocido. A lo más hace pensar en una edición crítica del mismo, y no es sólo eso, ni siquiera es eso.

La obra de Ortega está de tal modo situada en el paisaje intelectual español que no puede dejarse a un lado. Quiero decir que no hay más remedio que contar con ella, y ello requiere su intelección. Pues bien —no obstante el éxito enorme de las publicaciones orteguianas, incluyendo la que ahora no ocupa—, resulta que el mismo Ortega se encuentra sorprendido por el hecho de que ni siquiera los más próximos tenían una noción remota de lo que él había pensado y escrito. Esta afirmación de Ortega supone un grave reproche para el hacer intelectual español, y reclama con urgencia, meditación y remedio. Haciéndose eco de este reproche escribe Marías en la primera página de esta obra, refiriéndose a unas palabras suyas de 1950: «El primer libro de Ortega, *Meditaciones del Quijote*, es de 1914. Pienso que todavía no ha sido leído en serio por más allá de media docena de personas...» En estas palabras está la justificación de la presente obra de Marías. Se trata de una obra pulcra y clarificadora como todas las suyas, que supone un trabajo penoso y árido por la dificultad de los temas que exige el comentario y la fatiga del constante sometimiento a un texto. El propósito de este comentario es que el libro de Ortega pueda ser leído de modo suficiente por todos los españoles, es decir, comprendido, y comprendido desde su ángulo filosófico. Las ideas filosóficas que después Ortega ha ido desarrollando estaban, quiero decir partían, de allí. ¿Por qué no fueron advertidas? La respuesta a esta pregunta excede de las posibilidades de una nota, pero es indiscutible que uno de los elementos de la «incomprensión» fué la dificultad de esas mismas ideas, y su novedad. Desde ahí era preciso arrancar. Teniendo en cuenta este motivo señalado —y dejando en la sombra otros menos conexos con la pura comprensión y de peor índole— Marías pone una vez más su generoso empeño al servicio de la intelección de la obra de su maestro, cargando con esta labor minuciosa, difícil, y quizás ingrata, pero de perentoria necesidad para la vida intelectual española.